

Cronica de Francisco Melgar

he una hermosa crónica que en *La Gaceta del Norte* publicara don Francisco Melgar describiendo el estado de ánimo de París durante la guerra, vamos a reproducir lo siguiente:

Cuando Foch, en cuatro días, reconquistó Lille y toda su región, y recuperó todo el litoral belga, y yo mismo me aguardaba a una explosión de entusiasmo universal. París, no obstante, conservó su augusta calma.

Solo la ha despertado el triunfo total y decisivo, y aun en estos momentos de embriaguez que está atravesando, mantiene su dignidad dentro de los límites debidos.

Ayer, al alba, se firmó el armisticio: a las diez y media de la mañana entraba en París Foch, sin sombra de aparato, y sin darse a conocer; a las once, el estampido del cañón y el tañer de las campanas de todas las iglesias, echadas a vuelo, anunciaban a la población el fin de la guerra y la capitulación de Alemania.

Entonces si que París se irguió como un solo hombre. Todas las casas, de arriba abajo, se cubrieron de banderas, como otros tantos gigantes ramilletes de flores; todas las gentes se lanzaron a la calle, y dos millones de personas estuvieron día y noche atronando los aires con sus frenéticos vítores, que ahogaban la poderosa voz del cañón.

Todos se saludaban como conocidos, todos lloraban lágrimas de alegría, todos agitaban banderas, pero sin departirse de la nobleza habitual, sin el menor ademán descompuesto.

Muchos levantaban por el aire estandartes, con los retratos de Foch o de Clémenceau, pero ni vi ninguna imagen despreciativa del Kaiser, ni el menor improperio contra Alemania.

Todos pensaban en la victoria propia; ninguno en la humillación del vencido.

los por dejarlos en el olvido.

—Ahora sí me parece que es tiempo de que marchemos, dijo Delio; los músicos estarán esperándonos. No nos acompañas, David?

—A dónde?

—A darle la última serenata, ya sabes a quién.

—Cierto, que mañana te vas para la Costa. Y vuelves pronto?

—Inmediatamente que me desocupe de ese negocio; me voy tan triste....

—Si te considero; yo también he tenido que ausentarme, y enamorado, que es lo peor.

Dicho esto, encendimos cada uno un cigarro y partimos.

Al llegar a la esquina de la calle real encontramos a los músicos y después de haber cruzado algunas cuerdas, Sebastian contó en unas vantanillas: una, dos, tres, cuatro, aquí es.

Chito, dijo Delio, que la música

Digo mal. Delante de la Cámara de Diputados vi una procesión de 2.000—estudiantes, por lo menos, gritando: "¡Abajo Caillaux!" Contra Caillaux, el enemigo interior, aún en pie y retando al mundo, si había cólera. Contra el enemigo exterior, abatido ya, ni un insulto.

Aquel mar humano me arrastró entre sus olas irresistibles hasta las puertas de la Magdalena. Trepé por la escalinata del grandioso templo, y quise refugiarme en la vasta nave. Imposible. La multitud agrupada dentro, rezando, era mayor que la de fuera.

París pensaba en su gloria y aclamaba a sus hijos vivos; pero pensaba igualmente en sus muertos.... ¡Y en Dios!

¡Gloria a París!

FRANCISCO MELGAR

ABRIL.

Fiestas de la semana

20 DOMINGO: PASCUA DE LA RESURRECCION DE N. S. J.

Ss. Victor, Severiano y Antonio e Inés.

SE ABREN LAS VELACIONES

21 Lunes Ss. Anselmo y Vidal.

22 Martes Ss. Sotero y Cayo pp. y Leonidas.

23 Miércoles Ss. Fortunato, Adalberto y Jorge.

¶ Cuarto menguante a las 6 h. 21 m. 1 s. a. m.

24 Jueves Ss. Fidel, Eusebio y Leoncio.

25 Viernes. Rogaciones. Ss. Marcos Ev. y Calixto.

26 Sábado Ss. Cleto y Marcelino P. y Clarencio ob.

27 Domingo de Cuasimodo. Ss. Anastasio P. Esteban y Toribio de Mogro.

Viajeros

Para Bogotá salió el Sr. Fausto Chacuea.

De Bogotá el Doctor Luis Leal que siguió para Cabuyaro.

De Quetame el Sr. Cenón Cubides. De Bogotá los Srs. Ricardo Murcia, Martín Bernal y Pablo Acosta.

sea de repente.

—No, dijo Sebastian, porque si es nerviosa le puede dar un algun mal y te quedas sin novia.

A poco empezó la música; y la verdad, qué bien tocaron! Había un pistón que hablaba solo; los clarinetes, violines y bajos no podían ser mejores, y el flautín alzando a veces por sobre todos los instrumentos, llegaba hasta el alma. Oh! una serenata debe derretir aún a la más dura de corazón; tiene tanto encanto la música!... y en el silencio de la noche cuánto dirá a una alma enamorada!

La cuadra empezó a llenarse de curiosos y las ventanas vecinas empezaron a abrirse poco a poco; sólo las de Irene permanecieron cerradas.

—Perdiste la serenata y la trasnochada, porque ella no sale esta noche, dijo Sebastian a su hermano.

—Pero, hombre, si fuiste hoy a hacerme quedar mal con ella sin

La Hostia ensangrentada

Arrecriaba el ataque. Un sacerdote formaba parte de los asaltantes; alcanzado de repente por un obús, cae con las piernas gravemente heridas, y, matando chorros de sangre, pier-

de el conocimiento. De pronto abre los ojos, reconoce su estado, pero es incapaz de hacer ningún movimiento. A algunos metros de él agoniza un soldado horriblemente herido, lo oye orar en alta voz. —Yo soy sacerdote, dicele. —Ah! confíeseme, padre! Y con voz entrecortada ya por la agonía, el soldado murmuraba apenas sus faltas. El sacerdote levanta la mano, y pronunciando las palabras de la absolución, traza en el aire la señal de la cruz; y en seguida agrega: —Si puede usted arrastrarse hasta aquí.... llevo el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. El moribundo levanta la cabeza, y haciendo esfuerzos desesperados se arrastra lentamente; la sangre corre por todo su cuerpo y los tormentos le arrancan gritos de dolor. Entretanto, va avanzando....un metro, dos metros, y tras él va quedando el suelo inundado de sangre. Ya está a un metro del sacerdote, pero sus últimas fuerzas se han agotado; en vano procura arrastrarse agarrándose del suelo, ya exangüe y apenas con vida. Entonces el sacerdote saca de su pecho un coponcito y le alarga a pulso la Hostia: —Extiende tan solo la mano. El soldado entonces haciendo un supremo esfuerzo, levanta penosamente su brazo despedazado, y en la ensangrentada mano recibe la Hostia de resplandeciente blancura; cuando llegó a sus labios estaba purpúrea de sangre!

¡No es acaso una escena digna de los tiempos apostólicos?

Ecos Marianos

Jamás pensarás tu en María, sin que María por ti piense en Dios y no alabaras ni honraras nunca a María, sin que Ella alabe y honre a Dios.

necesidad! Suponte, me dijo, que hoy cuando fuimos a llevarle mi retrato y a convenir en el mes en que debía de efectuarse el casamiento, Sebastian, que siempre está de gracioso, dijo que el otro retrato que había regalado había quedado mucho mejor. Se puso violenta, y trabajo me costó para convencerla de que no fué así.

A una señal empezaron a templar las guitarras, y luego Hernández, acompañado de otros, cantó una bellísima serenata, en la cual supieron hacer como que de veras sentían lo que estaban cantando.

Continuara

COPLAS

Un juez me preguntó ayer que de qué me mantenía,

—Comiendo y bebiendo bien, como se mantiene Usía.